

## Las últimas vacaciones

Daniel Mundo

Quién no quiere escapar de su destino de turista.

Por ejemplo: si alguien llegaba a Madrid hace más o menos veinte años, Madrid le hubiera parecido una ciudad provinciana. Su ritmo de vida, su color ocre, La Casa del Jamón y la montaña de residuos en las esquinas, pero principalmente las ancianas con sus sacos y pañuelos negros en la cabeza, y los yonkies acostados en las veredas, estaban lejos del frenesí de la vida moderna. Pero estaban vivos. Franco era el que había muerto, y la Vía Láctea hacía unos años que había abierto sus puertas.

Si este viajero hubiera vuelto a Madrid unos diez años más tarde se habría encontrado con que habían desaparecido las ancianas, los yonkies y la basura de la faz de la calle. Más que desmaterializarse los habrían empujado a las afueras. Chueca sería ya el barrio gay. El Thyssen-Bornemiza, un museo que mantenía una escala humana. A la noche le daría aún un poco de miedo caminar por los alrededores de Plaza Mayor o encarar por la Gran Vía. Algo de Madrid seguía suelto, inexplorado, ignoto. Eso, ahora, desapareció. Si volviese este año vería que al Thyssen le agregaron tres pisos y el Rastro, Lavapiés, la Cava Baja, en fin, Madrid, estaría organizado por las tostas y las tapas típicas, la caña, el carajillo. La calle es el reino de la juventud con dinero y de los turistas. Madrid ya no representa el confín occidental de Europa.

Si en este último viaje nuestro viajero volara de Madrid a París lo primero que lo sorprendería sería la amabilidad que le profesa el parisino. Da cuenta de que aprendieron a reprimir la innata agresividad que en un pasado no muy lejano hubiera despertado su deplorable francés. De hecho, se cambiaron el nombre de varias estaciones de subte para ayudar a orientarse a los extranjeros desprevenidos, aunque es cierto que en el subte ahora sólo viajan los pobres, los inmigrantes y los turistas. En la superficie toda la ciudad está tan bien ordenada que casi ni se nota. Lo que antes hubiera pasmado al levantar los ojos y ver los árboles podados como con regla y compás, impera ahora en la misma calle. Nada está fuera de lugar. Perderse es un lujo improbable. Sólo se encontrará con los franceses que atienden a personas como él, turistas embelesados por una de las ciudades más encantadoras del mundo. Pero el sueño y la belleza se petrificaron

en los bulevares y los cafés. Lo que un turista nombra con la palabra París está tan vivo como un retrato de Van Gogh colgado en el Orsay.

No hay mejor evidencia de que París se convirtió en una ciudad-museo como los son Venecia o Florencia que terminar el viaje en Lisboa, la nueva tierra de nadie en la modernización del west side. Edificios quemados, linyeras, zonas abandonadas a poquísimos metros del centro histórico, borrachos a las once de la mañana en la puerta del Ginginiha, conviven con trenes que viajan a 250 kilómetros por hora; una peatonal que muere en el mítico café de Pessoa, que no tiene más de diez cuadras pero donde ya se instalaron todas las marcas de ropa que se encuentran en el resto del mundo civilizado; restaurantes con cartas en cuatro idiomas; y un barrio, El Alto, con bares tan modernos como los que hay en el Greenwich Village, en el barrio de Gràcia o en el de Palermo. El turista tiene ya la posibilidad de pasear y consumir dentro de este perímetro amurallado. Es verdad, sin embargo, que si nuestro viajero lo desea, no debe hacer aún un gran esfuerzo para desembocar por accidente en una calle que está fuera del mapa que le entrega la oficina de turismo. Allí todavía se siente palpar lo desconocido.